

Adame, fueron arrestados el mismo día y así permanecieron durante la conclusión del sitio.

En consecuencia, la situación se hacía cada vez mas tirante, y el Emperador resolvió someter el asunto relativo al retardo en el regreso de Márquez, así como el referente al mayor tiempo que aun podía defenderse la plaza, y otras cuestiones de importancia, á una junta de generales que se reunió el 19 de Abril bajo la presidencia del general Miramón. En ella se aprobaron las resoluciones de que la defensa de la plaza siguiera hasta que se supiera definitivamente si el general Márquez la socorría ó nó, sosteniéndola hasta el completo agotamiento de toda clase de auxilios; la caballería se conservaría en la plaza, con excepción de una corta fuerza confiada al general Moret, para que marchara á México con el Príncipe Salm-Salm y el coronel Campos. La salida de éstos se consideró que podría ser provechosa á los sitiados, cuando menos porque transmitirían las noticias que Márquez dejaba de mandar.

El general Moret intentó salir la noche del 21 de Abril; pero los republicanos rechazan la caballería que formaba su escolta, logrando salvar la línea enemiga únicamente el audaz guerrillero Zarazua á la cabeza de cincuenta ginetes.

Los descontentos con el general Miramón, procuraban levantar y sostener las sospechas en el ánimo de Maximiliano, al grado de haber creído necesario la noche del 21 de Abril "*tomar medidas ante cualquiera necesidad urgente*" pues según dijo al Coronel Salm, se le acababa de informar que Miramón quería arrestar al Emperador esa misma noche. En la mañana del día 22, el Emperador mandó llamar á Miramón y tuvo con él una conferencia que duró dos horas y entonces se convenció de que "*después de todo el joven general le era fiel.*"

En la tarde de ese día se presentó al cuartel general de la Cruz, un hombre procedente de la hacienda del Jacal, cuartel general de las fuerzas de Corona y refirió una conversación que había escuchado entre varios gefes que se regocijaban mucho de la derrota sufrida por Márquez entre Puebla y México.

—Eso no es verdad, dijo Maximiliano, interrumpiendo al que informaba, pues Márquez nada tenía que hacer entre Puebla y México.

El informante refirió que los generales habían discutido acerca de lo que sería mejor hacer con Maximiliano, y si se debía tomarlo prisionero; todos convinieron en que era necesario fusilarlo y cuando alguno de entre ellos expresó el temor de que el gobierno le indultara y enviara fuera del país, el general Corona dijo:

--Contra eso tenemos aún un remedio puede hacersele matar por su escolta como á Comonfort. (1)

Siempre que se presentaba una oportunidad se verificaban salidas contra los

(1) Entiendase que Salm en sus Memorias no escribió bien estos conceptos, pues Corona sabía que no fué la escolta sino una fuerza de los pronunciados de Troucoco la que mató al general aludido.

sitiadores; una de esas operaciones fué practicada el 24 de Abril por los coroneles Gayón y Gonzalez, llevando el primero doscientos infantes para llamar la atención del enemigo y el segundo trescientos ginetes que por el flanco cargarían rápidamente. (1)

En ese mismo día estuvo Maximiliano á punto de ser matado por una bala de á doce, pues habiendo subido á la cúpula de la iglesia de la Cruz para observar el efecto de las baterías, penetró la bala por una ventana y al chocar con la pared, cubrió de polvo y cal á él y los que le acompañaban. Al siguiente día fué herido de gravedad el coronel Loaiza por una granada que le destrozó ambas piernas.

Maximiliano aprobó un plan de ataque presentado por Miramón, para batir por el Sur la línea de los republicanos establecidos en la fuerte posición del Cimatario, después de sorprender las obras avanzadas que habían levantado para estrechar el sitio. (2)

Al rayar el alba del 27 de Abril, se efectuaba el plan tal como lo había concebido Miramón, quien en poco tiempo se enseñoreó del Cimatario que defendían diez mil republicanos de Michoacán y el Occidente y se apoderó de veintiuna piezas de artillería que hizo conducir á la plaza; pero el general Castillo no pudo establecerse de manera que impidiese á los republicanos lanzar una fuerza de cinco mil hombres, que rechazaron al ejército imperial y recobraron la posición, volviendo á entrar á Querétaro los sitiados diezmados por las balas de sus enemigos. (3)

Algunos pequeños triunfos obtenidos por los imperialistas, no impedían que su situación fuese de día en día más crítica; Maximiliano se quejaba amargamente del general Márquez, pues no recibía noticia alguna suya; el comandante general de artillería, Arellano, que había adquirido grande influencia por su instrucción, audacia y valor, mantenía las esperanzas en el espíritu de su Soberano. Ese general, de acuerdo con Miramón presentó al Emperador un plan para la salida y quedaron autorizados para ponerlo en planta. En la noche del 26 al 27 de Abril se verificaba en el campo imperialista un movimiento general; soldados de caballería, á pié y armados con fusiles de infantería, relevaron á los tiradores y algu-

[1] Al notar que los republicanos se acercaban por el cerro de las Campanas y que levantaban fortificaciones para cubrirse, se le encomendó al coronel Gayón una salida en ese rumbo. En efecto, con la mitad del batallón de Celaya y alguna caballería, sorprendió la guardia y los tiradores republicanos, é hizo algunos prisioneros que fueron conducidos al cuartel general de la Cruz.

[2] El general Castillo, al Oriente de la plaza, con mil doscientos hombres y una batería de campaña, impediría á los sitiadores que auxiliaran al Cimatario.

[3] En esos días el general Castillo hizo esfuerzos por inducir á Maximiliano á que abandonara á Querétaro; para acceder á los deseos de Castillo le ponía por condición el llevarse consigo todo el ejército, y aun repetía: "Márquez vendrá todavía," esperanza que perdió al regresar un espía llamado "Muth" enviado al campo republicano por el coronel Salm. El emisario refirió que en el campamento enemigo se aseguraba que Márquez había sido derrotado por Porfirio Díaz del 8 al 9 de Abril en San Lorenzo, entre Puebla y México, perdiendo toda su artillería y que solamente se ha-

nos batallones fueron silenciosamente, en la oscuridad, á formar en dirección de la iglesia de San Francisquito. Nadie sabía lo que se había dispuesto; ¿se trataba de una salida ó de romper el sitio? A las cinco y media de la mañana emprendía el general Miramón con cerca de tres mil hombres, un ataque sobre la cordillera de lomas del Cimatario y el Batán. Cuando al despuntar la aurora se oyeron los toques de diana en el campo republicano, se movieron los imperialistas que habían estado formados esperando la orden de avance; se lanzan sobre la derecha de las posiciones republicanas y miles de fogonazos iluminan la izquierda del campo imperialista; en seguida fuerzas de caballería parten al trote en la misma dirección, en tanto que los republicanos de las Divisiones de Michoacán y Jalisco, colocados en las trincheras levantadas en la llanura y sobre el Cimatario rompen el fuego de artillería, al que responde la de los imperiales. Estos, á paso de carga, atraviesan la llanura y ascienden rápidamente á las lomas, hacen enmudecer una después de otra, las piezas de artillería de los republicanos, tomadas unas por la fuerza y otras por el abandono en que las dejaron los que las servían. El sol del nuevo día alumbra esa rápida victoria alcanzada por los sitiados.

Maximiliano acompañado del general Arellano, seguido de su Estado Mayor y escoltado por un escuadrón de húsares auto-mexicanos, pasa al galope y

bía escapado con algunos *sombreros chiquitos* aludiendo á los que llevaban los austriacos, apodado pues por los republicanos á los húsares que no dejaron los sombreros húngaros. El espía añadió que la ciudad de México estaba ya sitiada y que Puebla había sucumbido siendo fusilados tres generales imperialistas y cincuenta oficiales. Aseguró Muth que los republicanos no intentarían otro nuevo ataque general sobre Querétaro, pues tenían confianza en tomar la ciudad por el hambre que destruiría la guarnición. Cuando se le preguntó que significaban los repiques que se oyeron en los suburbios y las dianas en la línea enemiga, contestó que así se habían celebrado las noticias respecto al triunfo alcanzado sobre Márquez.

Era de creerse que al saber Maximiliano lo referido por el espía, hubiese afirmado la determinación de abrirse paso y romper el sitio; en efecto, encargó al general Castillo el plan para ello, y al comunicar á Miramón los informes que había obtenido, le manifestó su resolución de abandonar la plaza y en tal sentido dictó algunas otras disposiciones, de manera que el 26 de Abril ya estaban hechos los preparativos para abrirse paso entre el enemigo, lo que debía efectuarse en la mañana siguiente, á las cinco, quedando secreta esta determinación entre Maximiliano, Castillo, Miramón y Salm.

El día 19 de Abril presentaron á Maximiliano una exposición los generales Miramón y Arellano, pidiéndole que saliera de la plaza á la cabeza de mil ginetes, con el objeto de obligar al general Márquez á que socorriera prontamente á Querétaro; atribuían la difícil y penosa situación del ejército, únicamente al retardo del general Márquez, sin cuyo auxilio no podrían salvarse ni Querétaro, ni el Imperio, ni el ejército que lo defendía, el cual ya no podía esperar más para emprender una retirada que después sería imposible. Si el Emperador no creía conveniente salir de la plaza, lo verificaría el general Mejía con la expresada fuerza, yendo á reunirse con el general Márquez para obligarlo á que ejecutase las ordenes que tenía ya recibidas. En cualquiera de los dos casos, los exponentes se comprometían á defender y conservar la plaza, hasta la llegada del ejército auxiliar, y en caso de una desgracia acaecida á la fuerza de Márquez, romperían el sitio á viva fuerza.

se dirige al Cimatario. Multitud de individuos pertenecientes al pueblo queretano, también se apresuran á escalar aquellas alturas y regresan con porción de objetos allí tomados. Algunos soldados vuelven conduciendo caballos, mulas y aun cañones que pertenecieron á los republicanos, otros escoltaban prisioneros.

Mientras que una parte de los sitiados regresaba con el botín y los trofeos de la victoria, el general Méndez conducía las tropas de su mando hasta la hacienda del Jacal, extrema izquierda de la línea Sur de los republicanos á donde Maximiliano llegó también.

El general Castillo debió apoyar el movimiento sobre el Cimatario, tomando la hacienda de Callejas, con objeto de impedir que las fuerzas republicanas procedentes de Pateo ó de la línea del Norte, socorrieran ó volvieran á posesionarse del Cimatario; pero Castillo no pudo tomar aquella hacienda y permitió tal circunstancia, que la reserva de los sitiadores, describiendo un extenso semicírculo entre los pliegues del terreno, avanzara y se rehiciera del Cimatario en los momentos en que Maximiliano regresaba á la Casa Blanca y cuando menos lo esperaban los imperialistas que se ocupaban en conducir los prisioneros, las piezas de artillería tomadas y los demás trofeos de aquella inesperada victoria.

A causa del combate, de la rápida y prolongada marcha sobre el Cimatario y de las diversas atenciones para la destrucción de los campamentos republicanos, el ejército imperialista se encontraba desorganizado; Miramón se detuvo y consideró necesario reorganizarlo. En presencia de Maximiliano se dispersaban los republicanos, y pareció fácil, si lo hubieran convenido de antemano y lo hubieran resuelto, evacuar á Querétaro y ponerse fuera de peligro pues encontraban libre el camino; pero Maximiliano mantuvo su designio de vencer completamente ó morir en Querétaro.

El general republicano Corona que visitaba las fuerzas del general Jimenez frente á las de Castillo, vió á la luz del crepúsculo matutino del día 27, y al vivo relampaguear de la artillería imperial, que dos gruesas columnas, una de infantería y de caballería la otra, ocupaban ya las dilatadas vertientes del Cimatario y que los numerosos cuerpos de republicanos huían dejando fusiles, cañones y municiones. Entonces Corona se dirigió al cuartel general para pedir auxilio á Escobedo, á quien encontró al pié del cerro de la Cantera y le suplicó que se unieran las reservas para sostener al general D. Manuel Márquez, que se hallaba en la hacienda del Jacal, de donde fué desalojado.

Al encontrar Miramón á Maximiliano se quitó el kepí y volviéndose á las tropas exclamó: ¡Soldados! ¡viva su Majestad el Emperador! grito que fué contestado con entusiasmo. Entonces Maximiliano, acercándose á Miramón, le dijo: —“General os felicito por este brillante triunfo”

Formabanse las tropas imperialistas detras de sus líneas de defensa de Casa Blanca, para hacer su solemne entrada á Querétaro, cuando la llegada de la reserva republicana al Cimatario, las obligó á sostener un nuevo combate. Una

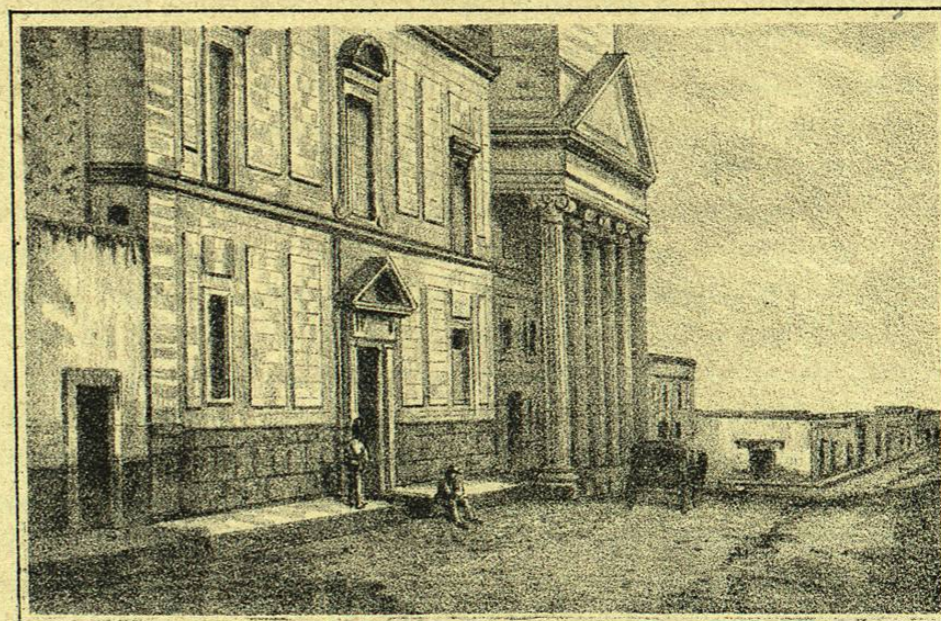
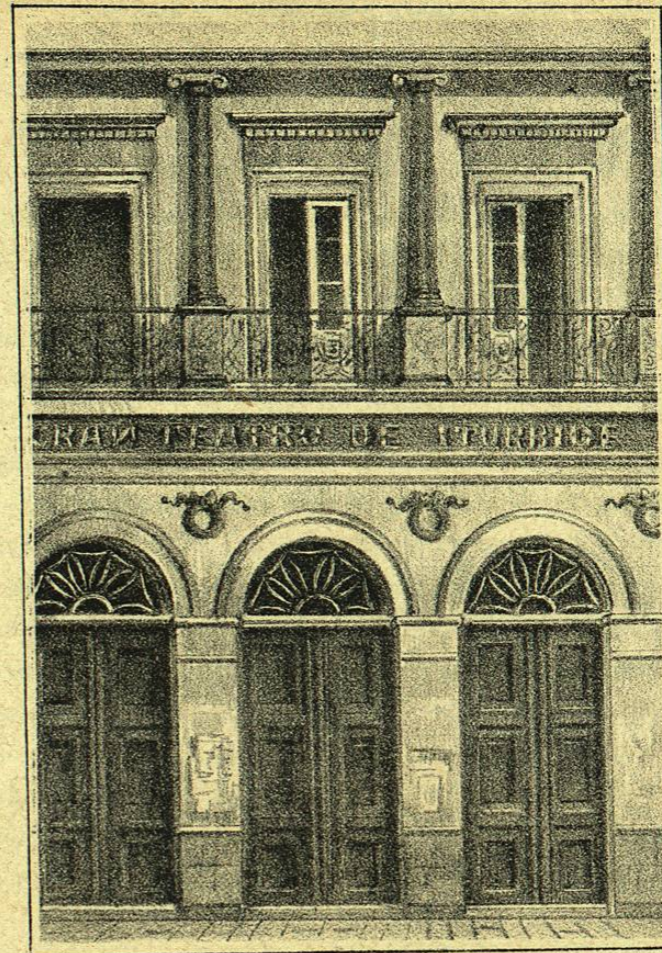
fuerza de caballería republicana se posesionó del largo convoy de carros que conducía una escolta de imperialistas. Este hecho fué visto con cierta indiferencia por los generales de Maximiliano, que supusieron sería esa fuerza republicana un grupo sin importancia; pero no queriendo perder el convoy de municiones, trofeo el más importante en aquella jornada, fué enviado á rescatarlo el regimiento de la Emperatriz, que perdió muchos soldados sin lograr su objeto, porque detrás de la caballería republicana se presentaron cerca de seis mil soldados, algunos armados con carabinas americanas de diez y seis tiros y tuvieron los imperiales que abandonarles el convoy.

El éxito estupendo alcanzado al pié del Cimatario en tan corto tiempo, aunque no logrado del todo, animó á Miramón para efectuar desde luego otra tentativa y aniquilar las fuerzas enemigas que aun quedaban y se imponían. Se convino sobre el mismo campo de batalla en un avance sobre la derecha del Cimatario: se despejaría la cima de la Cuesta China, y cruzando el río atacarían el cerro de San Gregorio. Este plan no se llevó á cabo inmediatamente después del triunfo; transecurrieron algunas horas durante las cuales nada se podía hacer en orden. El general Escobedo, por lo contrario, aprovechó el tiempo para reparar las pérdidas, enviando sus mejores tropas, entre ellas el batallón de Supremos Poderes, y el regimiento de cazadores de Galeana, armados con rifles americanos Spencer de ocho tiros; también se distinguía la brigada de Nuevo León al mando del coronel Palacio.

A las nueve de la mañana colocó el general Miramón dos brigadas, una á la derecha y otra á la izquierda del camino que conduce de la Casa Blanca al Cimatario; dejó una brigada de reserva y cubrió con el 4.º regimiento el flanco derecho; pero sea por olvido ó por la embriaguez que siempre produce la victoria, ni adquirió informes tocante á los movimientos de su enemigo, ni creyó necesario poner un vigilante en la cima del Cimatario. En consecuencia, cuando ya estaban cerca de la cima del cerro, en el declive opuesto, los refuerzos enviados por Escobedo, los imperiales comenzaban á subirlo por su lado, y apenas habian ascendido las dos terceras partes, cuando fueron recibidos con nutridísimo fuego desde la cima, á la vez que los cazadores de Galeana dando vuelta á su flanco izquierdo, atacaban al cuarto regimiento de caballería imperial y lo derrotaban, en tanto que el nutrido fuego desde lo alto del cerro, detenía á las tropas de Miramón, que ya fatigadas tras la ruda tarea de la mañana comenzaban á vacilar.

En aquellos críticos momentos, Maximiliano desenvainó la espada y se puso al frente de la primera línea, llevando á su derecha al general Miramón y á su izquierda al coronel Salm.

Había visto el general Miramón que en las alturas del Cimatario aparecía la caballería republicana; pero ignoraba que la reserva de los sitiadores llegaba á la sordina; obtuvo permiso del Emperador para arrojar definitivamente de aquella posición á los enemigos, con designio de dejar completamente libre para los impe-



*Teatro de Iturbide, en Querétaro.*

En este edificio se reunió el Consejo de guerra designado para juzgar, al terminar el sitio de Querétaro, á los prisioneros Maximiliano de Hapsburgo, Miguel Miramón y Tomás Mejía, sentenciados el 14 de Junio de 1867 á ser fusilados. Los defensores procuraron con noble empeño, obtener el perdón para los reos; pero todos los medios á que recurrieron fueron inútiles.

*Ex-Convento de las Teresitas.*

Prisionero Maximiliano de Hapsburgo en el Cerro de las Campanas, fué conducido al Ex-Convento de la Cruz, su primera prisión, el 15 de Mayo de 1867; tres días después, se le avisó que, lo mismo que los otros generales prisioneros, iba á ser trasladado al convento de las Teresitas, de donde, para el efecto, fueron quitadas las monjas. El cuarto que ocupó Maximiliano en esta nueva prisión era amplio, pero escasamente amueblado. Pocos días después, el 22 del mismo mes, fueron trasladados algunos de los prisioneros al convento de las Capuchinas, conocido entonces con el nombre de la prisión militar.